

Manuel Leguineche

LOS FANTASMAS ROTOS

CUANDO el «jeep» estaba a punto de arrancar, mi madre lanzó su última letanía de consejos, «abrigate, cuidate, no olvides los calcetines de lana...». Mi vuelta al mundo por países donde no era necesaria la lana comenzó en la calle Ferraz de Madrid, frente a la pensión donde vivía. Era abril de 1965, habían florecido los almendros y mi compañero de viaje, Al Podell, ya en marcha hacia Ceuta, tocaba la bocina del jeep para ahuyentar a los pájaros. Cruzamos el Estrecho y ese fue el «point of no return». Al regreso mi vida no volvería a ser la misma vida. La vuelta al mundo en coche partió en dos mi biografía. Como en los anuncios de píldoras adelgazantes hay un *antes* y un *después* de la vuelta al mundo.

Hasta entonces mi vida fue un intento de romper con los fantasmas. Una infancia no demasiado feliz, la atmósfera opresiva del colegio y la Universidad, la búsqueda errabunda de oxígeno en Europa, la necesidad en suma de encontrarse uno a sí mismo. «El camino más corto para encontrarse uno a sí mismo da la vuelta al mundo. Europa ya no me produce efecto. Quiero anchura, dilataciones donde mi vida tenga que transformarse por completo para subsistir. Ya están cortadas las relaciones con lo que me sujeta. Siento en mí la beatitud de la libertad conquistada. No tengo profesión externa; no tengo familia que me preocupe; no tengo obligaciones que llenen mi tiempo; puedo hacer u omitir lo que me plazca.» Esta es la frase de Hermann Keyserling que abre mi libro «El camino más corto». Tenía poco más de veinte años y necesitaba una cura psicoanalítica en forma de viaje, sensaciones nuevas, abandonar mi piel y mudarla como una serpiente. O sea, una evasión rápida de aquel mundo concéntrico, más allá de las columnas

de Hércules. No era tan sólo la huida por la huida. Se daba la tentación del vuelo metafísico, la afición al riesgo, la necesidad de sacudirme complejos pero también esa curiosidad de viajar que llevamos dentro desde nuestras primeras exploraciones infantiles. Deseara una ruptura total con lo conocido. Salí a la búsqueda del paraíso perdido.

La postguerra no fue una bendición para casi nadie. El cura que nos daba clase en la aldea descargaba sobre nuestra cabeza una bendición en forma de regla de abeto. Estuve a punto de sufrir un hundimiento craneal. Fue la mejor manera de odiar las matemáticas. Después de aquellas palizas, evasión de no se sabe qué frustraciones de don Sinfriano, fui incapaz de aprender la regla de tres simple. Estaba condenado a la disciplina de letras. Menos mal que teníamos en la crónica sentimental de que hablaba Manolo Vargues al Atlético de Bilbao y a Langarica que corría en el Tour aunque llegaba con el control cerrado en las etapas llanas. Mi padre era un franquista patológico, una *rara avis* en aquel paisaje humano de *gudaris* silenciosos y silenciados. En la escuela no se podía hablar en euskera. Vizcaya era una de las provincias traidoras como supe más tarde cuando empecé a encajar aquel *puzzle* de silencios, persecuciones, regresos del destierro o del campo de concentración desde mi perspectiva de hijo de familia de derechas. De la infancia recuerdo vívidamente dos nombres, Churchill y



autobiografía

Manolete. El primero lo pronunció mi madre una tarde no sé a santo de qué. El segundo porque la muerte de Manolete fue psicodrama.

La segunda guerra mundial, la postguerra estaban en las páginas del semanario «Mundo» en las que aprendí, como quien dice a leer. Así comenzó a desarrollarse mi pasión por la historia. Había por casa un libro del novelista alemán Theodor Plivier, «Stalingrado», editada por Destino, que leí una y otra vez con devoción. No sé si aquellas lecturas impulsaron luego mi vocación por vivir y contar las guerras, creo que sí. Pero de la aldea entre montañas, el talo y el morokil, las pruebas de bueyes, los aporreamientos del cura, el txistu lírico y malsonante, los paseos por el bosque para buscar setas, la melancolía del acordeón pasé a un colegio de Portugalete en régimen de internado. Por la mañana nos reunían en la explanada para cantar el «Cara al sol». Me enviaban de casa pan por correo, aquellos panes redondos cocidos en la tahona de algún caserío. Pero el fútbol estaba allí omnipresente y barato para encender energías, estimular la emulación y crecer con la ayuda del Nestrovit mens sana in corpore sano. El fútbol ha sido una de mis pasiones auténticas.

Los ocho años que siguieron se los entregué, en monopolio a los jesuitas. Dadme un niño de siete años y no se me escapará nunca, dicen los teóricos de la Compañía que educaron a Voltaire y a Hitchcock. En efecto. En Tudela (Navarra) el olor a caballería se colaba por las ventanas a la hora de clase, mientras yo me veía sumido en una lucha inútil y extenuadora contra la aritmética. Los años de la adolescencia pasan lentos, largos como un siglo con ejercicios espirituales de una tristeza infinita, algunos goles, clases plúmbeas, buenos ratos y estímulos hacia el periodismo. En la revista del Colegio publiqué mi primer articulo a las órdenes de Ignacio Elizalde. Después, en una publicación de Barcelona, «Jóvenes», salió mi primera entrevista. Fue con el Orfeón Infantil Mexicano. Después un reportaje sobre la muerte de Mussolini. Las consignas de la revista estaban por fortuna dictadas por un admirador de Manolo del Arco: nada de retórica, frases breves, concisión por encima de todo. Escribí cientos de entrevistas con futbolistas, ciclistas, personajes populares, lo que no me ayudó a vencer la timidez. Es seguro que todos los periódicos del país recibieron artículos o entrevistas con mi firma. Era una

dedicación insólita, degradada, una desviación, un peligroso pasatiempo. Radios de galena, flores a María, goles, duchas frías con la puerta abierta. A una chica que se llamaba Camino, el primer amor imposible, le cantábamos «Camino verde», camino verde que va a la aldea. De un viaje a Marruecos mi padre me trajo una máquina de escribir, una «Tippa». Fue el éxtasis.

Durante los veranos en Guernica me encerraba con aquel juguete que producía una letra pequeña, limpia. Era de pulsación fácil. Estudié literatura francesa en la Universidad de Verano de Pau (Francia), Camus, Saint John Perse en clase y el «Paris-Hollywood», bajo las mantas. Había aprobado el preuniversitario. Yo quería ser periodista, una profesión maldita, un peligro social, desaconsejable, según los maestros jesuitas. Porque seguía con ellos. Me matriculé en Derecho en la Universidad de Deusto con misa obligatoria por medio de tickets de comprobación y guateques aislados con cuba libres de ron, Philips Morris y Nat King Cole. Para los profesores del periodismo, era una inclinación pecaminosa, de modo que confiscaron la suscripción a «L'Express». Pero me divertía editando un periódico escrito a máquina con las últimas noticias políticas, pocas, y deportivas que circulaba de mesa en mesa a la hora de cenar. Bernardo de Arrabalaga tocaba la guitarra en su cuarto, entre rugidos de sirena de los barcos que navegaban bajo su ventana. Jugábamos al mus y hablábamos de Carmen Laforet y Miguel Delibes, en voz baja, clandestinamente, no fueran a enterarse los comisarios de la decencia intelectual de la época.

En Bilbao se editaba una revista semanal, «Gran Via». Su redactor jefe era un chico orondo y muy listo que venía a presentar sesiones de cine club a la Universidad. Era Luciano Rincón. Yo admiraba —y admiro— su erudición, su visión de la jugada, el vuelo crítico de su pluma. Le debo mucho. Publicó mi primer artículo en la revista, un extra de Navidad con

una portada de Alfredo Amestoy sobre Ava Gardner. No gustó nada en la Universidad. Yo hablaba de la nueva sede de la Unesco en París pero mis obligaciones debían ser otras, el Derecho Romano, el político, el natural. Un día los jesuitas se volvieron locos y dieron entrada a las chicas en la Universidad. Se sentaban, ¡Oh sacrilegio!, junto a nosotros, en aquellas aulas que habían abastecido al franquismo y a los poderes fácticos,



Manuel Leguineche, primero a la derecha, en el colegio de los Jesuitas de Tudela.

de ministros y subsecretarios. Era preciso sacrificarlo todo a una carrera brillante, al futuro Consejo de Administración, a la buena marcha de las fincas de papá. Un día vino a visitarme un chico de pantalón corto que leía mis entrevistas y quería ser periodista, se llamaba José María Iñigo.

Ya que Deusto era imposible y mis aficiones no coincidían con los reglamentos oficiales decidí seguir Derecho y Filosofía y Letras en Valladolid. Bernardo me había dado una carta de recomendación para Miguel Delibes. Aquella carta fue mi perdición definitiva. Delibes era un señor huesudo y amable. Aquella misma tarde me encargó una crítica de cine para el periódico que dirigía, «El Norte de Castilla». Desde esa misma tarde entré con frenesí en el periodismo de un diario de provincias. Fue lo que Aguilar llamaría el vértigo de la prensa. Necrológicas, críticas de cine, crónicas deportivas, entrevistas varias, grandes y pequeños reportajes, reseñas de libros. Entretanto José Luis Martín Descalco me invitó a colaborar en «La Gaceta del Norte». Para entonces Luciano Rincón estaba ya en la cárcel. Miguel Delibes era un director



Vacaciones en Uretamendi, encargado de la hormigonera.

estimulante, admirativo, cabal. En el jeep oficial yo acompañaba al Gobernador civil de la provincia en la inauguración de fuentes y escuelas. Todo el mundo levantaba el brazo y el gobernador repetía de pueblo en pueblo el mismo discurso con ligeras variantes. Comenzaba así: «Cuando el sol cubre de tinte rosado las lomas...». Después venía una cita de San Ignacio y la unidad de destino en lo universal.

En el periódico se respiraba un ambiente liberal, demasiado liberal para el gusto de Fraga Iribarne, ministro de Información. El equipo de

«Me estás jodiendo el experimento, telefoneó a Delibes.

«La libertad no es un experimento, respondió mi director.

Ganó el ministro de Franco y Miguel perdió la dirección del periódico. Fueron años de entusiasmo, *annus mirabilis*. Jugaba en primera regional con el Azor a patadón y tente tieso. Marcaba algún gol desde medio campo. Iba con Juanito Palencia a echar una partida de mus a la bodega y con Alfonso San José, Leopoldo Mateo y Berrugete a beber *carriazos*, un compromiso entre el

vermut y el vino blanco a un bar junto al periódico. Pero Delibes estaba preocupado por mí, la carrera de Filosofía y menos la de Derecho, apenas prosperaban. «No esperes vivir del periodismo, repetía, ganamos unos sueldos muy parvos.» Durante los veranos proseguían los vagabundeos por Europa. Estuve en Inglaterra y como era corriente en la época trabajé como camarero en un hotel. Fui a aprender el inglés y aprendí el italiano de Calabria. Los pinches de cocina nos llamaban con silbidos, como a sus cabras

sicilianas para entregarnos bandejas de pollo y porridge. Fue el año del robo al tren de Glasgow. Empezaban a sonar en las radios las canciones de los Beatles.

Ceferino Maestu y César Ruiz Ocaña me reclamaron a Madrid para trabajar en la Agencia Fiel. En 1962 había sido enviado especial de la agencia en la boda en Atenas de Juan

Carlos y Sofía. Pérez Lozano me pidió artículos de internacional para la revista «Vida Nueva». La Universidad estaba en abullición. Nos pasábamos las mañanas a pedrada limpia con los «grises». En febrero de 1965 yo era uno de los cinco mil estudiantes y profesores que avanzaban en silencio, dando saltitos de vez en cuando con objeto de ahuyentar el frío, hacia el Rectorado de la Ciudad Universitaria y para pedir nada menos que la disolución del SEU, la libertad de expresión y la reforma de la Universidad. Había unidades a caballo y camiones cisterna desplegados por doquier con las últimas novedades en técnicas antidisturbios. Los corceles pafaban de impaciencia bajo sus gualdrapas, y los jinetes esperaban tan sólo el cornetín de órdenes para cargar sobre nosotros. La policía montada de Franco se lanzó por fin y escuché la voz de Aranguren, «al suelo». En pocos segundos vi a una monja resbalar a mi lado de un porrazo y entre gritos e imprecaciones cayeron cuerpos, paraguas, carpetas, libros y volaron apuntes. Fue un forcejeo rápido, violento, antes de la gran desbandada de los cinco mil. La desigual batalla duró hasta el atardecer. Las ambulancias recogieron a docenas de compañeros heridos. Según un corresponsal extranjero fue «una de las cargas más brutales que se hayan visto en Madrid desde que terminó la guerra civil».

Eran los felices sesenta. El verano de 1964 mi amigo el fotógrafo suizo Willy Mettler, que luego murió con el hijo de Errol Flynn en un bombardeo en Camboya, me había hablado de una vuelta al mundo en coche con tres periodistas norteamericanos. La oportunidad de enrolarme a la Trans World Record Expedition estaba a mi alcance. Los yanquis llegaron en el *Queen Elizabeth* hasta Cherburgo. Desde allí viajaron hasta Madrid a bordo del «Toyota». Fui admitido después de un examen en el Mesón de la Tortilla entre canciones del *porom pompero* y porrones de Valdepeñas. El jefe, Harold Stephens, acarició el lomo del «Toyota».

«Esta maravilla, nos dijo, nos llevará hasta Nueva York por desiertos, mares, tifones, por el imperio de las estepas hacia donde sale el sol.

Al pasar por Tánger recibí la bendición de mi maestro, Eduardo Haro Tecglen, que dirigía el diario «España». Un par de botellas de «Macha-

«En 1963 estuve en Inglaterra y, como era corriente en la época, trabajé de camarero en un hotel.»



trabajo de la página crítica «El caballo de Troya» estaba formado entre otros por el propio Miguel, Umbral, Pepe Lozano, Martín Descalzo, Campo y César Alonso de los Ríos, Arrizabalaga, Pastor, Pérez Pellón, yo mismo. Un informe sobre Tierra de Campos (Campos de Tierra) en «El Norte de Castilla» irritó sobremanera al ministro de Información.

autobiografía

quito», unos odres de vino, la hambruna de aventura hicieron el resto. A lo largo de más de dos años de viaje por el mundo vendí píldoras con los mercaderes chinos en Tailandia, un mono se comió mi pasaporte en Bangkok, escribí sobre el comienzo del fin de la monarquía en Libia, caceé el tigre en Bengala, la gacela en el Sahara, y el canguro en Australia, asistí a las fiestas del agua en Luang Prabang invitado por el rey Sivang Vatana, me vi aislado con mis compañeros en una epidemia de cólera en Afganistán, jugué al fútbol con el príncipe Norodom Sihanuk en Camboya y con los pelotaris vascos en Manila, caminé por los Himalayas acompañado del primer hombre que subió con Hilary al Everest, el sherpa Tenzing, fumé la «gancha» con los primeros hippies subidos a Katmandu, paseé en elefante por la ciudad india de Jaipur en las fiestas del maharaja, tomé el té con Indira Gandhi, asistí a la cremación del último rey de Bali, pisé el paralelo 38 en Corea, comí sesos de mono regados en copas de cóctel de víbora en Hong Kong, me ofrecerían en venta por 15.000 pesetas a una muchacha tailandesa cerca de la frontera birmana, sentí la amenaza de las tribus patanas en el legendario desfiladero del Kyber, estuve a punto de casarme con Marie Louise en Saigón, volé en helicóptero sobre el Vietnam en guerra y estuve también a punto de ser fusilado en un pueblecito de la India en plena guerra de 1965 acusado de espiar a favor del Pakistán. Ese fue, en parte, el catálogo de mis emociones alrededor del mundo.

Al volver, Javier Aguirre empuñaba en Barajas una pancarta «Viva el Vietnam vasco». Lo primero que hice fue pedir un bocadillo de anchoas, beber a morro una botella de Rioja, ver al Athletic, jugar al flipper en un bar de Vallehermoso, los pequeños placeres cotidianos tan añorados a través del paso de desiertos de más de treinta países de los cinco continentes. Pero el globetrotter, el hombre horizontal tenía que dejar paso al vertical, el trotamundos al sedentario, el licor de víbora de Hong Kong a la caña de cerveza en Chamberí. Era una difícil adaptación. Cuando salí a dar la vuelta al mundo me quedaban muy pocas asignaturas para acabar en la Escuela de Periodismo y algunas más para terminar la especialidad de Filología italiana. Al volver descubrí con horror que el número de las asignaturas de Periodismo se había multiplicado por tres, sin duda para habilitar cátedras. Tardé más de diez años en obtener el honroso carné de periodista. Hube de

aprobar unas cincuenta asignaturas. La última de ellas, la Sociología del profesor Bugeda, me retuvo el diploma los últimos cinco años. Al final se apiadó de mí.

¿Qué hacer? No abundaba el trabajo y menos lo había para los sincarnetistas. César Alonso de los Ríos y Víctor Márquez me llevaron hasta el despacho de José Angel Ezcurra editor de TRIUNFO, y «Teleguía» y TP. Se buscaba director para «Teleguía».

los detalles de mi biografía para rellenar mi ficha fui incapaz de mentir.

-Periodista, corresponsal en Vietnam.

-Menos guasas. Mal empiezas con el Ejército, muchacho, me cortó.

El teniente Yagüe, hijo del general, después de un breve examen comprobó que era cierta mi declaración. A partir de entonces los jóvenes tenientes me preguntaban por Latargui, por las guerras en helicóptero, las batallas



«Tenía poco más de veinte años, necesitaba una cura psicoanalítica en forma de viaje: una evasión de aquel mundo concéntrico, más allá de las columnas de Hércules.» En la foto, en Taiwán.

-¿Sabe usted cuántos son los Beatles?

-No, acabo de llegar de Saigón.

-¿Sabe quién es Engelbert Humperdinck?

-Tampoco.

A pesar de todo, dando muestras de audacia y amor al riesgo, Ezcurra me entregó la dirección de «Teleguía». Fueron los años-eje del pop, el cénit de los Beatles y los conjuntos del género. En Cannes saludé a Paul McCartney y en Madrid departía con Serrat, Massiel, Aute, Juan y Junior, Paco Ibáñez. Fue toda una experiencia. Los fans de Serrat y de Raphael inundaban la revista con sus cartas y sus llamadas.

Entre el avatar de la aventura y el periodismo había olvidado un pequeño detalle, cumplir con la patria. Una tarde Arrizabálaga me llevó hasta el campamento de Araca junto a Vitoria. Cuando el sargento preguntó por

de los boinas verdes y toda la épica de la guerrilla y la contraguerrilla. Era un recluta con historia.

En 1969 volví a Madrid en autostop con el macuto al hombro dispuesto a empezar de nuevo. Esta vez fue Joaquín Bardavio, compañero en Tudela y redescubierto a su paso por Calcuta como enviado especial del diario «Madrid», el que me dio la oportunidad. Una cadena de periódicos englobados en Sapisa preparaba un suplemento común, un dominical. Joaquín necesitaba un redactor jefe. A los pocos meses Bardavio pasó a ser el jefe de Prensa de Carrero Blanco y yo me convertí en director. Fue una forma de vivir al pie de los teletipos con un equipo pequeño, pero combativo, doce años fundamentales de la historia inmediata de España y del mundo. Porque volví a mí el tam tam de Asia, la guerra de Bangladesh, el Yom Kipur, la caída y liberación de Saigón, luego



Durante la vuelta al mundo, Leguineche en Afganistán.

Portugal, Chipre, la Grecia de los coroneles, Irán, Nicaragua, África. Una estela de guerras y guerrillas, golpes de Estado, terremotos, elecciones. Ya sin las inseguridades de 1965, con las relativas comodidades de un hotel de algunas estrellas. La dirección de la agencia y los viajes como enviado especial ocuparon mi tiempo y mis

energías al igual que la redacción de algunos libros, desde uno sobre Raphael y la sociología de las fans que me valió el enfurecido asalto de éstas hasta «Los topos» con Torbado, «El camino más corto», «La Tribu» o «El Estado del golpe». Había trabajado en Televisión —Estudio abierto— como guionista y en Informe Semanal. Me

dieron un premio Nacional de Periodismo por mis crónicas de 1979 desde Teherán, Malabo, y Managua. Dimiti hace unos meses como director de la Agencia Colpisa, y quizá con la intención de cambiar de metabolismo y guiado por lo que de masoquista hay en mí, he organizado otra agencia, Cover Prensa.

La profesión ha cambiado mucho desde aquellos años iniciáticos de Bilbao y Valladolid. Entonces apenas se hablaba de dinero. La crónica de internacional era una forma de tirar por elevación y escapar de las consignas oficiales. Después se pudo decir algo por vía metafórica, elípticamente. Los políticos palmeaban en tu espalda, abandonaban el tratamiento de usted y el régimen se venía abajo. Llegó la democracia pactada. Hemos compartido sus sobresaltos y sus bondades. Los periódicos se hacen ahora con pantallas, no huelen a tinta fresca, Gutenberg ha muerto otra vez. Siento que con ello se va una época de ilusión y lucha en las platinas. Pero tiene que ser así. Quizá ha pasado la era del periodista todo terreno que habla lo mismo del Vietnam que de las regatas en Oxford o la vida de las hormigas gigantes. El periodismo según Hemingway decía, y así me lo confirmó una tarde en la plaza de toros de Calahorra, es una profesión estupenda con tal de que se deje a tiempo. Quizá es una estupenda profesión a condición de seguir en ella. ■ M.L.



Manuel Leguineche con Miguel de la Cuadra y Nicole Szula: El periodismo, según me confirmó Hemingway una tarde de toros, es una profesión estupenda, con tal que se deje a tiempo. Quizás es una profesión estupenda, a condición de seguir en ella.